

La Esfera

Año XII

Núm. 608

1925

Kantauriko perla

La Esfera, 1925-8-29

Una perla del Cantábrico, LEQUEITIO

El éxodo estival hacia el Cantábrico está en su fase máxima. Van los trenes del Norte, como todos los años por esta época, repletos de las sofocadas muchedumbres veraneantes que, huyendo de las secas y calurosas poblaciones del Centro y Sur de España buscan un ambiente más húmedo y más fresco en los pueblos cantábricos. Y no es poca parte á ese acicate para la transhumancia veraniega la ilusión de continuar en alguna playa muy concurrida la diversión y francachela elegantes que en Madrid por el verano languidecen.

Para atraer y disputarse esa clientela estival alzan las sirenas cantábricas el pregón insinuante de sus propagandas. Carteles, guías, fotografías y reclamos llaman al viajero y le ofrecen en varios sitios la playa más fresca, los más bellos paisajes, los mas confortables hoteles, las más yodadas emanaciones marinas y hasta el ozono de mejor calidad. Para el que persigue la diversión habrá los más americanos *dancings*, las tombolas más sugestivas y los más vistosos fuegos artificiales, y para el que busca la salud, ó viaja con el pretexto de buscarla, hay una gran variedad de manantiales de agua de las más diversas y complejas composiciones químicas, pero todas extraordinariamente radioactivas, que ingeridas en cantidad suficiente por un cierto numero de enfermos, producen un positivo alivio en la salud del fondista. Y la corriente de sudorosa muchedumbre veranente, captada por aquellos variadisimos

señuelos se divide en Venta de Baños, en Palencia ó en León, repartiéndose por los balnearios, playas y playitas de las Vascongadas, de Santander, de Asturias y de Galicia.

La Corte con sus séquitos, el obligado y el de afición, aprovechando las facilidades que los modernos medios de locomoción proporcionan, reparte también su protectora presencia en varios sitios á lo largo de la costa. La capitalidad veraniega en cuyo exclusivismo se ufano y aprovechó San Sebastián durante algunos lustros, sin desarraigarse por completo de allí, ha trasladado su centro á Santander y ahora se extiende también hacia Asturias por donde todos los años hace una estancia en el bello Principado de su título el futuro Rey de España. No tardará Galicia en encontrar también algún motivo histórico ó legendario para atraerse la predilección de algún vástago real, con lo que todo el Norte de España se convertirá durante un par de meses en capital de la nación.

Contrasta con ese vocerío para atraerse al veraneante el silencio y como el afán de pasar inadvertido de uno de los más bellos rincones de la costa cantábrica, que aunque dotado de maravillosas condiciones para ser una de las playas más concurridas, ni llama á nadie ni se preocupa por que se vuelva el que por equivocación ó por casualidad estuvo allí una vez. Este rincón es Lequeitio, un pueblo reciamente vasco, sede de algunas familias de abolengo, cuna de esforzados navegantes, residencia real en la época revolucionaria (fué la última tierra¹ española que pisó Isabel II), sin ferrocarril y casi sin alojamientos para el forastero. Le imponen aquel silencioso apartamiento, por un lado, el afán de estar solos de la media docena de familias influyentes afincadas allí, y por otro la incomprensión del indígena humilde, pescador ó aldeano, que mantenido en la analfabeta cerrazón del vascuence, vive ajeno á cuanto no sea la sardina, el bonito, la hierba ó el maíz, porque nadie se ha preocupado de explicarle el provecho que podía sacar de la afluencia de forasteros aunque estos sean maquetos. Y á muy pocos pasos tiene el ejemplo de lo que esto produce en Ondárroa, en Deva, en Chacharramendi y en otros rincones cantábricos cuyas condiciones naturales son notoriamente inferiores á las de Lequeitio.

¹ Ez da egia, argitu dugu 29. orrialdean.

El pueblo tiene la plaza pegadita al mar, un puertecito de juguete con un rompeolas que ha sido más de una vez roto por éstas, una playa pequeña contigua á la misma plaza y otra mayor, magnífica, la de Carraspio, bordeada de maizales, argomas y pinares, y frente al pueblo, bastante destacada de la costa, la gran isla de San Lorenzo (sic) para la que hay paso en bajamar. No hay forastero que al pasar por allí no imagine las cosas que para el fomento del turismo se podían hacer en aquella isla y en aquellas playas; pero Lequeitio resiste.

Resistió la embestida de los traficantes enriquecidos por la guerra que al pasar en un automóvil por el magnífico balcón cantábrico que es la carretera de la costa extendían su enjoyada y tosca mano planeando el miramar que se podía construir en la isla de San Lorenzo, el balneario que se podía levantar en el Carraspio ó el hotel que se podía hacer en Curlucho (sic). Pero Lequeitio resistió. La influencia y la negativa á ceder terreno de los que lo tiene como residencia veraniega impidió aquella transformación; los maizales siguen recibiendo el beso espumoso de las olas carraspianas; las selvas vírgenes siguen teniendo su representación en la isla de San Lorenzo; el viaje es aún bastante molesto y el alojamiento difícil; el casinucho sigue con su media docena de periódicos, su piano desafinado y su mesa de billar desnivelada; pero con un gran balcón en sombra sobre el mar, y del que remedando una frase madrileña; podemos decir que es “un barco parado”.

Trazo estas líneas entre el entusiasmo de mi admiración por Lequeitio, la preocupación de contrariar á los que quieren mantenerlo desconocido y el deseo de divulgar la posibilidad que allí hay para realizar algo beneficioso al mismo tiempo para la localidad y para el turismo. Precisamente el haberse mantenido aquello inexpugnable hasta hoy permite enfocar la posible mejora con el criterio ahora imperante que es el de más absoluto respeto en las bellezas naturales. Nada, por tanto, de las llamadas obras de embellecimiento ni de instalaciones que quieran remedar á las de las grandes playas mundanas. Ni aquellos escarpados de Orzábal (sic) ó de Santa Catalina pueden ser más bellos ni aquella playa debe afearse con un balneario de cemento, ni debe oírse allí el machaquel del *jazz-band*. Pero el saneamiento y las aguas abundantes, el hospedaje acogedor y confortable ó el grupo de casas para alquilar, de estilo vasco, frente al mar, haría más agradable allí la estancia á la mayoría de los forasteros y hasta á los mismos lequeitianos.

Y más vale que las cosas se hagan con un plan bien estudiado que no que cada cual haga en el cacho que es suyo lo que les parezca, pues aquella resistencia un día ú otro cederá por algún sitio.

Lo dice un admirador de Lequeitio que no tiene allí interés ninguno, aunque sí unas pocas buenas amistades.

J. García Bellido

